

XXII

Donde se demuestra que los tulipanes son, en ocasiones,
más mortíferos que los tigres

El 9 de julio de 1830, los periódicos de París publicaron un anuncio mortuorio en el que se notificaba, para el día siguiente, el entierro de lord Drummond, y la celebración del oficio de difuntos en la iglesia de la Asunción.

La primera persona á quien vió Julio, el 10, al entrar en el templo, fué á Samuel.

Probable es que nuestros lectores han tenido sobrado tiempo para olvidarse de lord Drummond, aquel inglés *sui generis* apasionado de la voz de Olimpia, después de haber estado enamorado de los tigres de la India.

La muerte del lord había sido no menos singular que su existencia.

¡Había muerto por un tulipán!

Perdimos de vista á lord Drummond en el momento en que salía de París para seguir á Olimpia á Venecia.

Al inglés le pareció preferible oír en público á la cantarina á no dejar de oír del todo, y compartir con los demás el canto de la misma á no disfrutar ni de una nota; pero apenas llegado á Venecia, desde las primeras representaciones, despertáronse nuevamente sus celos y apoderóse de él la desesperación al ver que no podía gozar sino en compañía del público de aquellos acentos sublimes que quisiera no emitidos sino para él solamente. Tantos rivales le molestaban.

Desde el instante que Olimpia pertenecía á todos, no le pertenecía ya á él. Demás, parecía que los espectadores que disfrutaban al par que él, le profanaban su gozo. Al convertirse la voz de la cantarina en una como gamella en la que metían la mano y tomaban su cucharada los instintos más

groseros, casi sintió repugnancia. Aquella que él hubiese querido emoción casta, pura, virginal, reservada á él solo, no era ya sino una cortesana trivial y pública, común á todos los galopos que llevasen tres pesetas en el bolsillo.

En estas condiciones renunciaba á la voz de Olimpia.

Una noche, en medio de una representación, se levantó, salió de la sala, se fué á su casa, pidió caballos, y sin escribir siquiera á Olimpia un billete de despedida, abandonó Venecia.

Para ver de distraerse, lord Drummond empezó á viajar, y doquiera llegaba recorría bibliotecas, museos, monumentos y cuanto era más ó menos digno de atención.

En Coniston mostráronle una colección de tulipanes.

La pasión por las flores es una de las más naturales en el corazón del hombre; y es que siendo de tierra, como somos, tan pronto cae en nosotros una semilla, brota.

Lord Drummond era una de esas organizaciones en que la pasión no consiente tregua alguna; en él, la muerte de una manía implicaba el nacimiento de otra.

—Para mí han muerto las mujeres—se dijo el inglés;—vivan, pues, las flores.

Y tomó á éstas como tomara á los tigres y á las mujeres, con pasión. No pensó sino en ellas.

Como los verdaderos aficionados, se concentró en una sola especie, amante como era de lo cabal y sabiendo que la bolsa de un millonario y la vida de un centenario no serían parte á formar la colección de una sola familia.

Las flores que le inspiraron el gusto por ellas fueron los tulipanes, á los que se entregó en cuerpo y alma y con ardor tal, que pronto reunió de ellos una colección que él mismo halló más que mediana y que á los ojos de otro hubiera sido soberbia.

Sin embargo, lord Drummond iba de acá para allá al través de Europa, recorriendo todas las ciudades floridas y buscando si por acaso existía algún tipo que él no tuviese.

Los más célebres aficionados, solícitos al nombre del lord, le introducían en sus invernáculos y le hacían admirar las más raras riquezas de que eran poseedores; pero el inglés no admiraba sino de palabra.

Nada le mostraban que él no tuviese igual, cuando no superior.

Encontrándose en Harlem, una noche, después de haber visitado las colecciones de más renombre sin que hubiese

visto mejor que en las demás ciudades, cansado de buscar decidió tomar la vuelta de Inglaterra, cuando un criado de la posada en que se hospedaba le habló de un su pariente que poseía una colección de tulipanes.

El mencionado pariente era un pobre sujeto que sentía tal inclinación desde la infancia, y el cual, al decir del criado, había obtenido resultados prodigiosos.

—No es conocido el invernáculo de mi allegado—dijo el mozo,—porque amante como es de sus tulipanes por ellos y no por vanidad, no deja penetrar en él á nadie. De los vecinos de la ciudad, ninguno ha visto los tulipanes de mi primo sino yo; pero si vos lo queréis, procuraré alcanzar de Tromp, mi pariente, el permiso de conducirlos allá. Creo no va á negármelo, pues como viajero que sois, es decir, como estáis de paso, aquél no pondrá los reparos que pondría de tratarse de un hijo de Harlem, al cual le sería más difícil quitárselo de delante una vez introducido.

Lord Drummond vaciló. Efectivamente, ¿valía la pena de que se quedase hasta el día siguiente para ver una colección ignorada, después de las magníficas y de fama europea que había visitado?

Indudablemente la que Tromp poseía era digna de deslumbrar á un criado. Sin embargo, quiso no desperdiciar aquella probabilidad, por insignificante que pudiese ser el resultado, y se quedó.

A la mañana siguiente el criado se fué á ver á su primo, regresó trayendo un permiso arrancado no sin trabajo, y preguntó á lord Drummond á qué hora le vendría bien para encaminarse al domicilio de Tromp.

—Ahora mismo—respondió el inglés.

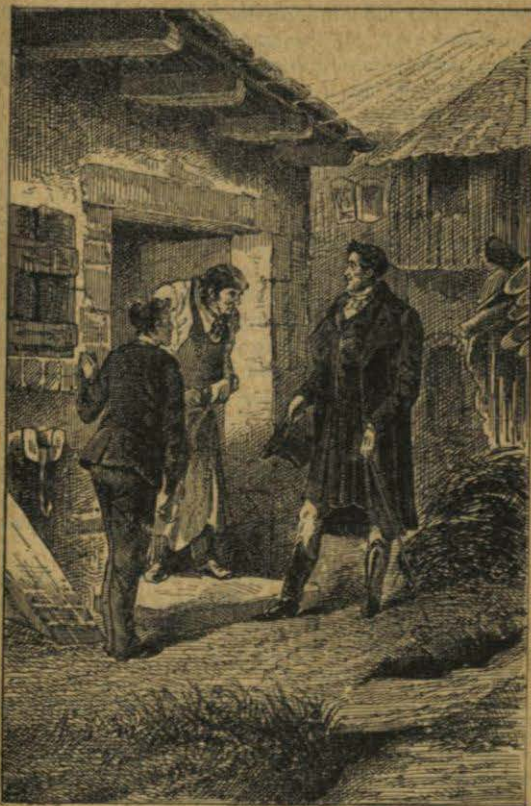
El lord y el criado se pusieron en marcha, atravesaron de un cabo al otro la ciudad, dejaron atrás murallas y penetraron en una de las más angostas calles del arrabal.

Drummond empezaba á arrepentirse de haber tenido el candor de dar crédito á la palabra de un criado.

¿Qué flor digna de él podía respirar en aquella callejuela?

—Aquí vive—dijo el criado deteniéndose delante de una casa de pobre aspecto, volviéndose hacia su acompañado, y llamando á la puerta.

Un hombre de baja estatura, agobiado por la costumbre de labrar la tierra y miserablemente vestido, acudió al llamamiento.



Un hombre miserablemente vestido, acudió al llamamiento.

—Primo—dijo el criado de la posada,—el señor es el caballero extranjero de quien te he hablado esta mañana.

—¿El señor es el propietario del jardín que me habéis ponderado?—preguntó con gesto de irónica duda lord Drummond, mientras fijaba los ojos en el traje de Tromp.

—¡Oh!—profririó éste, que notara la mirada del inglés y pareció dársele de ella un comino—vos no venís á ver mi traje y sí mi colección.

—Decís bien—repuso Drummond.—Entremos.

—Permitidme que antes os dirija una pregunta—dijo Tromp.

—¿Cuál?

—¿Realmente partís hoy de Harlem?

—Al salir de vuestra casa.

—Os he dirigido tal pregunta, porque no me agradaría mostrar mis flores á quien viniese á molestarme para verlas de nuevo. Mucho os concedo ya autorizándoos para que las veáis una vez: que más son al fin y á la postre, y estoy celoso de mis tulipanes como otros de una mujer.

—Repito que esta noche estaré lejos de aquí.

—Entonces, pasad adelante.

Lord Drummond y el criado penetraron en un corredor obscuro y falto de aire.

Tromp cerró inmediatamente la puerta de la calle, lo que no contribuyó á disminuir la obscuridad.

—Seguid de frente sin temor—dijo el criado al inglés;—no hay en este corredor escalón ni agujero alguno.

Poco después lord Drummond se encontró delante de una puerta.

—Aguardad—dijo Tromp.

Y pasando delante del inglés, abrió la puerta, que estaba cerrada con tres vueltas de llave, y una oleada de luz, una como súbita irrupción de rayos de sol y gorjeos de pájaros, invadió alegremente el corredor, desde el cual pudo verse un extenso y magnífico jardín al aire libre.

—Venid y mirad—dijo Tromp á lord Drummond, deslumbrado ante tanta belleza.—Pero dejad que cierre la puerta. Ya veis—prosiguió el buen sujeto, acercándose de nuevo al inglés—que no hay que juzgar á los hombres por el traje, ni de los jardines por la casa. Yo escogí ésta, mal situada y peor construída, porque de este lado da al campo y mis flores disfrutan del aire y del sol que necesitan. Citadme flores más

bien alojadas que las más. En cuanto á mí, tanto me da vivir en un chiribitil como en una pocilga; soy como los viejos enamorados que tienen una amante joven y gastan todo su caudal en regalarle ricos muebles y suntuosos vestidos, preocupándose poco con si les queda ó no les queda á ellos con qué vivir decentemente. Demás, yo no tengo sólo una amante, sino un serrallo. Mirad.

Y con gesto y voz en que se confundían el propietario, el jardinero y el enamorado, empezó á pasar revista á su colección, proclamándola única, y pretendiendo, á cada tulipán que hacía admirar á su huésped, que era el más hermoso de todos.

—Ved—decía Tromp,—ahí tenéis uno que en magnificencia sobrepuja á todo cuanto puede imaginarse; el desvarío mismo se confiesa vencido ante una realidad tan desesperante. Pues bien, este tulipán es una bicoca, una flor vulgar, aun diré una despreciable brizna de hierba, comparado con el que voy á mostraros ahora.

Y Tromp mostraba al inglés otro tulipán, que era la maravilla y la obra maestra de la naturaleza hasta el siguiente.

Por más que las exageraciones del harlemés obedeciesen á una pasión exaltada por la soledad, la verdad es que en la esencia su colección era admirable, la más hermosa de cuantas viera Drummond en el transcurso de su viaje, si bien no superior á la suya.

El inglés tenía el orgullo, de que ni aun en aquel jardín vegetaba un tipo que él no poseyese. Tromp era un rival, pero no un vencedor.

Lord Drummond no se sentía humillado; podía sostener la lucha. El harlemés y él habían ambos, como en el colegio, ganada el premio *ex aequo*.

—Y bien—dijo Tromp, henchido de gozo,—¿habéis visto en vuestros viajes jardín alguno que pudiese compararse al mío?

—No he visto ninguno mejor—respondió el inglés.

—¿Luego conocéis alguno que pueda parangonarse con este?—preguntó Tromp con gesto contrariado.

—Uno.

—¿Dónde le habéis visto?

—En Londres.

—¿Y cómo se llama su propietario?

—Lord Drummond.

—¿Vos?

—Yo mismo.

—¿Vuestro jardín es tan hermoso como el mío?—repitió Tromp en voz de reto.

—Sí—respondió lord Drummond;—confieso que vuestra colección es superior á cuantas he visto desde mi salida de Londres y que no es inferior á la mía, como la mía no es inferior á la vuestra. Son iguales.

—Pues ahora vais á ver destruída esta igualdad—exclamó Tromp en son de triunfo.—Seguidme.

Y conduciendo á lord Drummond detrás de una pared que parecía cerrar el jardín, le introdujo prontamente en un invernáculo tan extenso como aquél.

—Ahí mis verdaderas flores—dijo el harlemés;—las otras como si no existiesen. El jardín es la antesala del invernáculo y las flores que brotan en él son las criadas; pero he aquí las señoras. Si tenéis ojos, abridlos.

Lord Drummond tendió una rápida mirada por el invernáculo, y quedó como quien ve visiones.

Esta vez quedaba justificado plenamente el orgullo de Tromp: en realidad las flores de su invernáculo eran una verdadera colección de maravillas, un museo para el cual se habían citado las obras más perfectas de la naturaleza combinada con el arte.

El inglés permanecía inmóvil, como perplejo ante tantos prodigios, no sabiendo en cuál de ellos fijar con preferencia la atención.

Sin embargo, de improviso su mirada se posó en un tulipán negro, encarnado y azul, hacia el cual se abalanzó con el semblante cubierto de palidez.

—¡Ah! este es el que preferís—dijo Tromp con sonrisa de triunfo y de superioridad.—Os felicito. Inmediatamente os vais al más precioso. Veo que sois inteligente, y no siento tanto haberos introducido aquí. Al principio no tenía la intención de mostraros el invernáculo; bastaba con el jardín; pero me habéis retado, y no he querido que mis flores quedasen humilladas. Ea, ¿también habéis visto tulipanes como este?

—No—respondió lord Drummond con voz atragantada.

—Vos ni nadie—prosiguió Tromp.—Es único. Esta flor, ahí donde la veis, es mi sultana predilecta, y aun cuando llevo agujereados los codos de mi traje no la vendería en dos mil duros.

—¿Y en cuatro mil?—preguntó el inglés, pálido, y dirigiendo á su interlocutor una mirada de súplica.

—Tampoco, ni por todo el oro del mundo. El hombre que ama á una mujer no la vende ni la comparte. Quiero ser el único poseor de mi tulipán. ¿No miráis los otros?

—Ya los he visto—respondió lord Drummond.—Este solo basta para absorber un día. Dejad que nuevamente lo contemple y os dejo.

Drummond dirigió al tulipán negro, encarnado y azul una mirada llena de amor y de tristeza, y sin pronunciar palabra tomó el camino del jardín y de la casa.

Tromp fué abriendo una tras otra todas las puertas, y cuando él y el inglés se encontraron al umbral de la última, éste se volvió para decir:

—Gracias, hasta la vista.

—Hasta la vista no—replicó Tromp,—sino adiós. Vos partís de Harlem dentro de una hora.

Lord Drummond no despegó los labios, y tomó la vuelta de la posada, seguido del criado, sin haber proferido tampoco palabra alguna durante el camino.

—¿A qué hora quiere milord los caballos?—preguntó el criado á lord Drummond, en el instante en que éste subía á su cuarto.

—No parto hoy—respondió el interpelado.

Una hora después Drummond llamó, y dió orden para que subiese á verle el criado que le había conducido á casa de Tromp.

—Idos á abocaros con vuestro primo y preguntadle si quiere venderme en seis mil duros un bulbo de su tulipán. Como lo consigáis, os regalo mil duros para vos.

—Voy corriendo—exclamó el criado á quien le dió un brinco de alegría el corazón.

No hay que decir si el primo de Tromp descendió con rapidez la escalera.

Lord Drummond aguardó el regreso de su emisario con la ansiedad que el estudiante de primer año espera la contestación de la primera mujer á quien se ha atrevido á escribir.

Después de un siglo durante el cual los minutereros del péndulo no habían recorrido sino hora y cuarto, reapareció el criado con el gesto más amarrido que imaginarse pueda.

—¿Qué te ha dicho?—le preguntó Drummond.

—No acepta—respondió el criado con tristeza.

—Os habréis explicado mal—replicó el inglés.—Es imposible que un hombre tan necesitado se niegue á admitir una cantidad de dinero tan considerable.

—Me he explicado como quien contaba con una promesa de mil duros. Si no he conseguido que aceptase, no ha sido por culpa mía, sino porque en este punto mi primo es inquebrantable.

—Volveos allá—dijo el lord,—y ofrecedle en mi nombre ocho mil duros. Como consigáis que acepte, vos os ganáis dos mil.

A pesar de la cuantía de la suma, el criado se salió muy gozoso que la vez primera; y es que en el modo como su primo rehusara la oferta de los seis mil duros, había comprendido que éste no aceptaría ninguna. Sin embargo, probó; pero regresó sin haber conseguido resultado satisfactorio.

—Mi primo es un mulo—dijo el criado á lord Drummond.

—Y vos un asno—replicó el inglés, que tenía necesidad de desahogar en alguien su mal humor.

Durante toda la velada Drummond estuvo devanándose los sesos para dar con un recurso con que decidir á Tromp, pero ¿cómo doblegar á un hombre en quien no hacía mella el dinero?

El inglés, que había perdido el apetito, no comió, y su sueño fué una pesadilla continua, y en cuanto asomó el nuevo sol, fué á llamar á la puerta de Tromp.

—¿Quién?—gritó el harlemés sacando su arisca cabeza por una lumbre abierta en lo alto de la casa.

—Soy yo—respondió lord Drummond.

—¿Y quién sois vos?

—Lord Drummond, el á quien ayer hicisteis el singular favor de mostrarle vuestros tulipanes.

—Equivocado andáis—replicó Tromp;—lord Drummond no está ya en Harlem; me empeñó su palabra de caballero de que partiría ayer, y un caballero no falta á su palabra. Lord Drummond ha partido.

—Pues bien, sea yo lord Drummond ó no lo sea, ¿queréis venderme un bulbo de vuestro tulipán negro, encarnado y azul?

—No—respondió Tromp con aspereza.

—Nada más que uno; os doy por él ocho mil duros.

—Ni que me dierais veinte mil. Mis flores para mí me las quiero. Soy su guardián y no su tercero.

—Mi querido Tromp, os doy diez mil duros por el bulbo.

—Me río de vuestro dinero; no tengo afición sino á mis tulipanes. No por diez mil duros, ni por un millón os diera uno.

—¿Redondamente os negáis?

—Redondamente.

—Sin embargo, me parece que no estáis rico.

—Esto os demuestra que no vendo mis flores.

—Por favor os lo ruego—dijo Drummond.

—Buenos días—profirió Tromp cortando prontamente la conversación y cerrando de golpe la lumbre.

El inglés hizo un gesto de rabia. Su deseo, acrecentado por la negativa, le revolvía la bilis.

¿Qué hacer? ¿adónde ir? Parecía que desde aquel momento su existencia quedaba vacía, que iba á no saber ya más en qué emplear el tiempo.

No le animaba ya sino un anhelo: el tulipán negro, encarnado y azul.

En cambio de él habría dado su fortuna y todos sus tulipanes.

¡Y aquel miserable no quería soltarlo ni á fuerza de oro! ¡Avaro!

Lord Drummond sentía que el hervor de los pensamientos que le cruzaban por el cerebro empezaba á darle fiebre.

—Ea—se dijo,—ahora voy á enfermar.

Y sin saber claramente porqué, el inglés tomó por una calleja contigua á la casa de Tromp y que iba á desembocar en el campo, y una vez en éste procuró conocer la pared del jardín que encerraba el famoso tulipán.

Poco tardó en satisfacer lord Drummond su gusto, pues los rayos del sol levante daban de lleno en los cristales del invernáculo.

De este lado la cerca era bastante baja; pero sin inconveniente alguno podían haberla suprimido del todo.

Entre la carretera y el invernáculo se extendía un pantano de unas cincuenta brazas de anchura, no más profundo de medio pie y de lecho fangoso.

Lord Drummond sumergió en el agua su bastón, que penetró dos pies en el limo.

El pantano, pues, no contenía la cantidad de agua suficiente para poder atravesarlo en barca, y de querer efectuarlo á pie se corría el peligro de hundirse hasta los hombros.

Drummond regresó á la posada, amarrido, lúgubre, enfermo á causa de no haber comido durante la víspera y del mal resultado de sus negociaciones con Tromp, y se acostó para ver de reparar el insomnio en que pasara la última noche; pero sólo consiguió algunos cuartos de hora de amodorramiento, más fatigosos que la vigilia é interrumpidos por sueños incoherentes, en los que se peleaba solo contra diez hombres que le disputaban un bulbo de tulipán.

Por la noche, el inglés, se levantó, salió de la posada sin que nadie le viese, y se encaminó hacia el susodicho pantano.

La primera pierna que metió en él, penetró en la arena hasta la rodilla; la segunda, hasta el muslo.

Pese á su arrebatada pasión, Drummond estuvo indeciso por un instante; pero la pasión venció y le movió á seguir adelante. Después de haber avanzado algunos pasos, aquél encontró el terreno un poco más firme; mas pronto volvió á dar con un lecho de fango, en el que se hundió lo bastante para que el agua le llegara á la cintura.

No obstante haberle redoblado la fiebre, el inglés siguió avanzando, y en el instante mismo de tocar la cerca faltóle del todo la tierra y desapareció hasta la garganta; no le quedó sino tiempo para agarrarse á unas cañas que se hacían al pie de la cerca y á las que debió la vida.

No importa, había llegado, que era lo principal; ahora no le quedaba sino escalar la pared y penetrar en el invernáculo. Lo primero fué negocio de un salto; lo segundo, asunto de quitar un cristal. Sin embargo, quedaba todavía una dificultad no de escasa monta, y era no equivocarse de tulipán, cosa facilísima de noche.

Afortunadamente la luna brillaba en el espacio; esto sin contar que lord Drummond, la única vez que entrara en el invernáculo se había fijado perfectamente en el sitio que ocupaban las plantas.

Con ayuda de su memoria, pues, y con el auxilio de la luna, nuestro inglés escogió un tulipán, lo desenterró cui-



Pese á su arrebatada pasión, estuvo indeciso...

dadosamente, colocó en su sitio diez mil duros en billetes que sacó de su bolsillo, y saliendo del invernáculo volvió á saltar por la cerca.

La luna, á la que tan duramente trató Byron, ayudó aún á aquel nuevo Leandro á atravesar, á la venida, su pantanoso Helesponto.

Drummond llegó sin novedad á la margen opuesta del pantano, donde había tenido la precaución de dejar su capa. Bajo ésta, pues, escondió el precioso tulipán, y también el barro que le cubría de pies á cabeza, y ya en la posada entró en su cuarto sin haber despertado sospecha alguna.

El propósito del inglés era cambiar de traje, pedir su silla de posta y salir de la ciudad sin pérdida de momento. Pero antes era menester que dirigiese una mirada á su querido tulipán.

A este efecto Drummond encendió cuantas bujías y lámparas había en su habitación, y una vez se hubo procurado toda la claridad posible, colocó el trofeo de su victoria en el sitio donde pudiese contemplarlo más á su sabor.

Pero en un tris estuvo como no se cayó de espaldas: en lugar de la flor única, había tomado una flor vulgar, conocida en todos los invernáculos, y de la que él mismo poseía cuatro ejemplares.

Drummond profirió una gran voz, á cuyo son acudió presuroso el primo de Tromp, que al ver á aquél envuelto en tal coraza de barro y rodeado de tantas luces, le tomó por loco.

—Ayúdame á desnudarme—dijo el inglés tiritando de frío.

Y es que la humedad, para él no sentida en medio de la lucha y del gozo del triunfo, ahora le helaba los huesos.

Lord Drummond, una vez se hubo metido en cama y mientras iban por el médico, dijo al criado:

—Idos á casa de vuestro primo Tromp, decidle lo que habéis visto y llevadle este tulipán. No se necesita más para que lo comprenda todo.

El criado se salió de la estancia en el instante mismo en que el galeno entraba en ella.

Inspeccionado que hubo al paciente, al médico le pareció gravísimo el estado de éste, tanto, que temía que la enfermedad no fuese una fluxión de pecho.

La fiebre no tardó en degenerar en delirio.

Durante toda la noche lord Drummond no habló sino de tulipanes negros, encarnados y azules. Para él sólo los de estos colores eran tulipanes; los demás no eran tales. Había creído ver otros, pero ¡qué engaño el suyo! En el mundo no existían otros que los de los tres mencionados colores, y únicamente uno, y con este bastaba. Todas las flores á las que tomaban por tulipanes no eran tulipanes ni nada que se les pareciese.

Y mil otras extravagancias destituídas de razón.

A la mañana siguiente Tromp se presentó en la fonda para enterarse del estado de lord Drummond, y al saber que éste había empeorado, se volvió al punto para regresar una hora después y solicitar que le introdujeran en el dormitorio del paciente.

Al ver al poseedor de la maravilla cuya busca tan cara le había costado, lord Drummond recobró por un momento el uso de la razón.

Tromp levantó hasta los ojos del enfermo un objeto que llevaba en la mano.

—¡El tulipán! — murmuró el inglés, dudando si era realidad lo que veía ó continuaba siendo juguete de las alucinaciones de su turbada mente.

—Sí, el tulipán negro, encarnado y azul—dijo Tromp.—Lo merecéis. Habrá dos. Sois digno de compartirlo conmigo.

—Gracias, hermano—profirió lord Drummond tomando la flor querida y fijando en ella los extraviados ojos;—pero es demasiado tarde.

—No, no lo creáis—interrumpió Tromp.

—Sí, es demasiado tarde—insistió el inglés.—El agua me ha penetrado hasta el pecho. Pero tanto da; no por esto os dejo de tributar las más expresivas gracias, Tromp, ya que no pudiendo prever lo que ha sucedido, no sois culpado. Estoy atacado del pecho. ¡Ayl ved de qué manera debía yo concluir, respetado por los tigres y por las mujeres, los tulipanes me han matado. Es chusco—añadió, asaltándole nuevamente el delirio.

Lord Drummond fué tirando todavía por espacio de algún tiempo.

En un momento más tranquilo, se aprovechó de un intervalo lúcido de su razón para hacer que le transportasen á París, donde podría aprovecharse de todos los recursos de la ciencia; pero la medicina no podía ya nada en él.

Después de algunas alternativas de mejoría y de recaída, el inglés falleció el 8 de julio, con la mirada fija en su tulipán.

Como católico que era lord Drummond, el 10 del mismo mes se celebraron por su alma, en la iglesia de la Asunción, solemnes funerales, á los que asistieron muchos y encoquetados personajes. Toda la aristocracia de París estaba presente en el mencionado templo.

Más arriba hemos hablado del encuentro de Samuel y de Julio en la Asunción.

La potente voz del órgano dejó oír las más tristes lamentaciones de los grandes maestros, y cuando éste se calló, una voz de mujer llenó los ámbitos del templo.

Samuel, al oír el acento de la cantarina, se estremeció y miró á Julio.

Era la de la artista una voz robusta, profunda, simpática, que iba derecha al alma, y lo que cantaba digno de ella. Aquella música, por tal modo interpretada, asumía á un tiempo algo de aflictivo y consolador; era el dolor de ver al cuerpo exánime abandonar la tierra, y al par la esperanza de encontrarse en el cielo con el alma que acababa de volar á él. Era la tumba que se cerraba y el paraíso que se abría.

—¡Ella aquí!—dijo para sus adentros Samuel al conocer la voz—¡aquí, sin que yo lo supiese! Creí que estaba en Venecia. ¿Sabía Julio su permanencia en París?

Samuel miró al conde de Eberbach; pero éste estaba inmóvil é impassible.

—¡Cuán necio soy!—pensó Samuel.—¿Qué quiero que me revele su rostro? Es ya un cadáver.

Sin embargo, Gelb se acercó á Julio y le dijo:

—Esa es la voz de Olimpia.

—¿Quiéres decir?—profririó el conde con indiferencia;—puede que sí.

—¡Cadáver!—murmuró Samuel.—Pero ¿por qué ha vuelto Olimpia y qué hace? ¿Por qué se esconde? Aquí hay gato encerrado. ¡Oh! lo descubriré. Ante todo, empero, asegúrame monos de que realmente es ella.

XXIII

Donde Olimpia canta y Cristiana calla

Interin, la voz que cantaba junto al órgano iba desapareciendo sobre el féretro de lord Drummond notas que parecían lágrimas, que recomendaban al difunto á la clemencia divina, y decían adiós á éste, y hasta la vista, y acompañaban hasta los umbrales de la eternidad al amigo que abandonaba la tierra.

—No hay duda, es Olimpia—dijo entre sí Samuel.—Es menester que me informe de ello preguntándolo á uno de los amigos de lord Drummond.

Y acercándose á un inglés que había sido íntimo del difunto, le preguntó quién era aquella cantarina demasiado admirable para no ser célebre y á la cual él no conocía.

—Es una cantarina de cuya voz lord Drummond estaba perdidamente enamorado—respondió el inglés;—una cantarina de Italia que, en efecto, nunca ha cantado en Francia.

—¿La signora Olimpia?—preguntó Samuel.

—En carne y hueso. En el momento de morir lord Drummond le rogó que le hiciese el favor de venir á cantar el *Requiem* en sus funerales, diciéndole que la voz que le era tan grata le haría estremecer de gozo aun envuelto en su mortaja. La señora Olimpia se lo prometió, y, como veis, cumple su promesa.

—¿Luego lord Drummond sabía que la cantarina se encontraba en París?

—No, hizo que le escribieran á Venecia tan pronto se puso enfermo, pues se sintió atacado de muerte desde el primer instante, y desde allá le contestaron que la señora Olimpia había salido de la ciudad ignoraban para dónde.

—¿Y vos no sabéis—preguntó Gelb—desde cuándo está en París la señora Olimpia?

—No — respondió el inglés, que, al parecer, empezaba á extrañarse de la persistencia de las preguntas de Samuel.

—En efecto, es Olimpia—dijo éste luego que se hubo separado del inglés y acercado á Julio, á quien miró de hito en hito.

—¡Ah!—murmuró el conde con la mayor impasibilidad.—¿Quién te lo ha dicho?

—Un íntimo amigo de lord Drummond.

—¡Ah!—repitió el conde.

—Ni el más insignificante pestañeo, ni el más leve brillo en la mirada—dijo entre sí Samuel observando la calma de Julio.—Ó no le queda ya gota de sangre en las venas, ó finge á las mil maravillas. Pero ¡bah! ¿por qué fingiría? ¿Por ventura es capaz, á su edad y en su estado, de tener tal tesón y tal fuerza de voluntad, cuando á los veinte años no los tuvo? Con todo, si Olimpia se encuentra en París hace algún tiempo, no era por lord Drummond, pues éste se vió obligado á mandarla á buscar; luego no salió de Venecia para acá sino por Julio, á quien, por ende, ha debido notificar su llegada. ¿Por qué Julio no me ha dicho nada sobre el particular? Si me ha ocultado esto, puede muy bien haberme callado otra cosa. Este regreso misterioso de Olimpia esconde un secreto. ¿Acaso maquinarian de mancomún algún proyecto contra mí? Visitaré á Olimpia, y si ha visto á Julio, sabe cuanto pasó en San Dionisio el día del duelo y lo que Julio piensa hacer. La obligaré á hablar... Sí, es el único modo de saberlo todo... Julio no quiere decirme nada; pero el diablo cargue conmigo si no logro hacer hablar á una mujer.

Los funerales tocaban á su término.

Samuel dejó que la concurrencia saliera por la puerta principal, mientras él iba á situarse al pie de la del órgano, á cuyo efecto se subió á un simón, después de advertir al auriga que se detuviese ante aquella. Luego bajó las cortinillas y observó.

Al cabo de diez minutos, salió una mujer por la puerta del órgano y se subió á un coche cerrado que emprendió la marcha apresuradamente.

Aquella mujer era Olimpia.

Samuel bajó el cristal delantero y dijo al auriga:

—Seguid el coche al que acaba de subir esa dama, á una

distancia de cincuenta pasos, para no inspirar sospechas, y deteneos cuando se detenga.

El coche de Olimpia se detuvo en la calle del Luxemburgo, á la puerta de un palacio retirado y silencioso.

Samuel, que se bajó apresuradamente del simón y vió como Olimpia atravesaba un vestíbulo y tomaba hacia una escalera, la siguió sin que aquella lo advirtiese.

Olimpia, al llegar al piso primero y después de haber llamado, oyó el ruido de los pasos de Samuel, se volvió y al conocer á éste, que le saludó con la cabeza, no pudo menos de palidecer.

—¿Vos aquí?—preguntó la artista.

—¿Os admira verme en vuestra casa, señora?—dijo Samuel;—también me ha admirado á mí veros en París. Perdonadme si me presento á vos por modo tan inopinado; pero tengo que hablaros de asuntos de bastante gravedad.

—Enhorabuena—repuso Olimpia, viendo que acababan de abrir la puerta.

Samuel atravesó la antesala y entró en el salón en pos de aquella á quien él llamaba Olimpia y á la cual nuestros lectores nombran Cristiana.

—Os escucho, caballero—dijo ésta.

—Ante todo, señora—profririó Samuel,—permitidme que os dirija una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Habéis visto al conde de Eberbach desde vuestro regreso á París?

—¿Al conde de Eberbach?

—Sí.

—No, ni tengo empeño en verle—respondió Cristiana.

—¡Ah!—profririó Samuel con gesto de duda.—Sin embargo, habéis regresado á París.

—En Venecia ha terminado la temporada—replicó la artista.—Demás, creía que el pobre lord Drummond estaba en Inglaterra y asaz lejos para impedirme cantar en la Ópera como lo hizo el año pasado; pero tan buen punto llegué supe que se encontraba en esta ciudad, á la que había venido en busca de alivio á una dolencia de pecho. Mas como nunca supuse que estuviere tan gravemente enfermo, me encerré en un palacio del arrabal de San Germán, donde he vivido de incógnito para á escondidas de él hacer mis diligencias, temerosa de que no se opusiese de nuevo

á mis designios. Desde ahora la música es mi única pasión.

—Conforme—dijo Samuel,—os habéis escondido por amor á la música, y el conde de Eberbach ignora vuestro regreso; pero por más que se haya apagado la llama que por un instante encendió éste en vuestro pecho el invierno último, no puede Julio haberse convertido para vos en un sujeto del todo indiferente, ni creo os sepa mal que os dé noticias suyas.

—¿Está bueno?—preguntó Olimpia con indolencia.

—Muy al contrario—respondió Samuel;—pero no es su salud física la más comprometida. Vos no sabéis lo que le ha sucedido.

—Sí, se ha casado, á lo menos así me lo han dicho.

—No me refiero á esto. Ha matado á su sobrino.

—¿Qué sobrino?—preguntó la cantarina.

—Lotario.

—¿El joven aquel á quien vi en la cena de lord Drummond?

—El mismo; un sobrino al cual Julio quería como á hijo.

—¿Y por qué le ha matado si por tal modo le quería?

—Por celos.

—¡Pobre joven!—dijo Cristiana.—¿Y qué ha sido de la nueva condesa de Eberbach? Ya veis que, hablándoos, como os estoy hablando, tan tranquilamente de ésta, no conservo ni un átomo de pasión por el conde.

—La condesa Federica salió para el castillo de Eberbach, y este viaje fué precisamente origen del funesto error que produjo tal desgracia. Julio ha reconocido la inocencia de su mujer, pero demasiado tarde. La condesa ha regresado y de nuevo se ha instalado en Enghién, adonde voy á verla de vez en cuando. Pero ved cuán ruin es el corazón de las jóvenes: apenas cerrada la tumba de Lotario, le ha dado ya al olvido, ¡y eso que le amaba! Federica no conserva sino la melancolía necesaria para dar á su belleza un atractivo más hechicero. ¡Moríos por una mujer!

Mientras hablaba, Samuel tenía fijos los ojos en Olimpia, para ver si en el rostro de ésta se traslucía alguna impresión involuntaria é imperceptible que le revelase algo.

Por más que en rigor el misterio en que la cantarina se envolvía desde su regreso pudiese explicarse por la razón que ésta le había dado, esto es, que se escondía temerosa de

verse nuevamente contrariada en sus propósitos de cantar en uno de los teatros de París, Samuel no era hombre que se dejase persuadir tan fácilmente.

Era muy posible que la música fuese la causa, pero también podía ser que fuese el pretexto.

—El agua mansa es la más peligrosa—dijo para sí aquel hombre sombrío, acostumbrado á la traición.—Todo cuanto me está diciendo Olimpia puede ser una fábula tramada entre Julio y ella. Y no está mal urdida, lo confieso; pero precisamente porque no lo está debo desconfiar. Es demasiado verosímil para que sea verdadera.

Sin embargo, Samuel no podía prolongar por más tiempo su visita.

Olimpia-Cristiana, á quien aquel hombre del que se originó toda su desventura la llenaba de horror, dejaba caer la conversación á cada frase, y evitaba cruzar su mirada con la de su interlocutor, pues cada vez que la fijaba en éste, á duras penas era dueña de reprimir un gesto de repulsión como á la vista de un reptil.

Y era esencial que no se delatase á sí misma y que Samuel no sospechase lo más mínimo.

Esta lucha hacía transparentar en la actitud de la artista un malestar y una tensión que Samuel no podía menos de advertir.

—Os dejo, señora—dijo éste levantándose.

Y para sí añadió: volveré.

—¡Oh!—murmuró Samuel una vez en la calle y después de despedir al simón—esa mujer sentía en mi presencia un malestar que no es posible deje de significar algo. Evidentemente temía que se le escapase una palabra ó un gesto. Iré á verla de nuevo, y por muy prevenida que esté acabará por dar con un minuto en que olvide su prevención y se franquee. Necesito indispensablemente saber qué planes alimenta Julio, pues es imposible que éste no alimente alguno; de no, ya estaría muerto y sepultado. Esto le conserva y para esto y por esto únicamente vive. Sí, un designio ú otro le retiene á la existencia, y yo sabré cuál, aun cuando á ello se opusiesen todos los ángeles.

Samuel volvió, efectivamente, á casa de Cristiana; pero fué inútil: ésta había tenido tiempo de prepararse y estaba prevenida contra él y contra las preguntas que pudiese dirigirla.

Gelb halló, pues, á la artista sosegada, risueña, indiferente hacia Julio, á quien, según ella, no había visto de nuevo ni deseaba verle otra vez.

Ahora que lord Drummond estaba muerto y ya no había quien opusiese obstáculos á su proyecto de cantar en los teatros, la artista no se escondía, y no sólo no se escondía, sino que las puertas de su casa estaban abiertas para todos.

Samuel interrogó á muchos periodistas sus amigos, y supo que, en efecto, se habían entablado negociaciones para contratar á la signora Olimpia en la Academia de música.

De esta suerte Gelb iba, de puerta en puerta, del palacio de la artista al palacio de Julio, y del de éste á Enghién; pero si Olimpia se mostraba reservada, no lo estaba menos el conde de Eberbach, y Federica, si es que sabía algo, en el particular no cedía á Julio.

Samuel hallaba de par en par las puertas, pero completamente cerrados los corazones.

Al igual que todos los hombres de acción desocupados, Gelb, no sabiendo en qué matar el tiempo, se complacía en atormentar á los demás; como siempre, empleaba su actividad del modo que podía.

A Federica, á quien incesantemente hablaba de la muerte de Lotario, la había calumniado al decir de ella á Olimpia que pronto se consolara de la muerte de su prometido, pues muy al contrario de ser así, cuando pronunciaba el nombre del joven ante su antigua pupila, ésta se ponía triste y se le anegaban los ojos.

Pero en parte tenía razón Samuel; en la apariencia el disgusto de Federica no era la desesperación de una mujer á quien se le ha muerto su amante, sino una tristeza suave y resignada, más parecida al duelo de una mujer que llora á un ausente, que no á la amargura desesperada de la mujer que llora á un difunto.

Desaparecido Lotario, Samuel recobraba sus derechos sobre Federica, á quien el malvado no se descuidaba de recordar sus antiguas promesas y las obligaciones que á él la ligaban.

Federica le dejaba que dijese; nada negaba ni rechazaba cosa alguna.

Sin embargo y por singular contraste, á Samuel le irritaba cuanto le ocurría de algún tiempo á aquella parte; y es que

su terrible y revoltosa condición no podía transigir con tales dilaciones.

Gelb estaba fatigado y disgustado de aquella existencia; tenía necesidad de acabar de una vez.

Instantes había en que le asaltaban deseos de precipitar el desenlace; pero luego estimaba que valía más que Julio fuese el primero que diese á conocer su plan, porque de tirarse á fondo sin saber la estocada con que éste le amagaba, le ponía en peligro de atravesarse á sí mismo con la espada del contrario.

Así pues, Gelb estaba perplejo entre su natural, que le incitaba á obrar, y la razón, que le aconsejaba que aguardase.

Hubiera sido menester que un acontecimiento hubiese venido á apresurarle, á impulsarle la mano; que Dios hubiese descendido de las alturas para romper con autoridad suprema una situación intolerable.

Pero el dios que pareció fué el pueblo.

Para ocupar su impaciencia y para distraerse de sus propios asuntos, Samuel tomó parte en los públicos, en la política, en la que de nuevo se despertó un tanto su pasión.

Hacia algunos días que la lucha entre el parlamento y el trono, suspendida durante los últimos meses, parecía querer anudarse.

El 26 de julio, el estatuto estalló como una bomba, dejando, en el primer instante, mudos de estupor á todos.

Samuel recorrió al punto las calles y los arrabales, esperando que hasta las piedras iban á sublevarse y que la nación recogería incontinenti la insolente provocación del trono; pero nadie se movió durante el 26. La cólera y la indignación no trascendieron fuera del campo de los periodistas y de los diputados.

El pueblo ni siquiera pareció darse por entendido.

—¡Ahl—dijo Samuel para sus adentros— como toleren tanta ignominia, puedo volverme á Alemania; aquí es eterna la monarquía.

En esto Gelb se encontró con un redactor de *El Nacional*, quien, con la misma intención que él, recorría las calles, y le preguntó qué novedades ocurrían.

—Ya lo veis—respondió el periodista,—el pueblo permanece quieto. Empiezo á creer que el rey y Polignac tienen razón. Si Francia permite semejante, es que lo merece.

—¿Dónde está el rey?

—Acaba de salir á caza para Rambouillet. Ahí el caso que hace de nosotros. No se digna tomar ni la más pequeña precaución. Ved á qué término, hemos llegado, á vernos despreciados, y con razón, por un Polignac.

—Todavía falta el rabo por desollar—arguyó Samuel.—Podéis excitar al pueblo desde las columnas de los periódicos, que espero no enmudecerán á pesar de la mordaza del estatuto. Vayamos á *El Nacional*.

Al pasar por delante de la Bolsa, Samuel y su compañero notaron un cambio completo en los rostros. La burguesía estaba tan consternada como indiferente el pueblo.

Efectivamente, á ella hería de lleno el estatuto, pues era la única que tenía interés en la ley electoral que éste rompía en mil pedazos; la única que contaba con órganos en los periódicos á los cuales Carlos X cerraba la boca.

Sin embargo, ni remotamente pensaba en resistir; estaba vencida de antemano.

La burguesía no podía en modo alguno suponer que la monarquía se hubiese atrevido á sancionar una disposición de tal naturaleza sin antes haber tomado toda clase de precauciones, sin estar armada y segura de sus tropas, sin tener á París encerrada en un círculo de bayonetas y de cañones.

Por los grupos corría de boca en boca una frase del delfín. El mariscal de Ragusa había dicho á éste que tan pronto apareciera *El Monitor* las rentas públicas habían bajado.

—¿Cuánto?—le preguntó el delfín.

—Tres francos—respondió el mariscal.

—Ya volverán á subir.

Si tales palabras no eran el colmo de la necedad, envolvían la certidumbre de la fuerza.

Samuel encontró en la redacción de *El Nacional* á los principales periodistas de París redactando la protesta de la prensa contra la presión de que era blanco.

Firmada la protesta, Coste, de *El Tiempo*, preguntó si se contentarían con ésta y si de las palabras no pasarían á las obras.

Otros redactores de *El Tiempo* y los de *La Tribuna* hicieron causa común con Coste para conseguir que al punto se mandasen emisarios á los talleres y á las escuelas de las facultades para sublevar á los obreros y á los estudiantes.

Samuel hizo notar que nunca jamás volvería á presentarse una coyuntura tan favorable; que pues el rey estaba de caza, Polignac ocupado en una adjudicación en el ministerio de la Guerra, y el gobierno, pábulo del vértigo, nada temía ni tomaba disposición alguna, era facilísimo triunfar si no se perdía minuto.

—De obrar con rapidez y energía—dijo Samuel corriendo su discurso,—es más que probable que esta noche el rey, al regresar de Rambouillet, halle ocupado su sitio por la revolución.

Thiers, empero, reprobó las vías de fuerza.

—No debemos salirnos de la legalidad—dijo.—¿No ocupamos en este momento una posición admirable? ¿por qué, pues, abandonarla? Es menester que demos tiempo á la nación para que juzgue entre la monarquía, que rasga la Carta, y la oposición, que mantiene la ley. La conciencia nacional fallará, Francia se pondrá al lado de la oposición, y entonces ésta, invulnerable, podrá emprender cuanto quiera contra el trono. ¿Qué fuerza tiene en este instante la oposición por sí? Lo más que haría sería comprometerse y comprometer con ella el único obstáculo que se opone al absolutismo monárquico y clerical. ¿Qué cañones poseemos? ¿con qué ejército contamos? El pueblo no toma cartas en el asunto, y aun cuando todos los periodistas periciésemos con el pecho atravesado por las balas de los suizos, nuestra muerte no haría revivir la libertad de aquél. A las veces basta una gota de agua fría para parar y disminuir la ebullición del agua hirviente.

La descarnada palabra del abogadillo de Provenza calmó el entusiasmo de los más exaltados; por lo tanto, la reunión acordó limitarse á la protesta.

Sin embargo, *El Nacional*, *El Globo* y *El Tiempo* declararon que al día siguiente publicarían sus respectivas ediciones pese al estatuto.

El Diario de los Debates y *El Constitucional* no se atrevieron á seguir este ejemplo, y se sometieron.

Samuel se salió furioso y desesperando de todo.

—Nada queda que hacer—se dijo.—A casa me voy; tanta cobardía me da asco. ¿Y á eso llaman oposición? Ea, aun no está en sazón esta tierra. Para el advenimiento de la democracia en ella, falta todavía un siglo.

Gelb tomó, taciturno y airado, el camino de Menilmon-

tant, y al salir de la barrera oyó el son de algunos violines á los que estaban amolando en un figón, y vió multitud de bailaradores y bebedores, que sin duda constituían el cortejo de una boda, en un jardín polvoroso que sólo estaba separado de la calle por un seto.

Samuel se acercó á un obrero que, vestido con su ropa dominguera, estaba fumando una pipa al umbral del jardín, y le preguntó:

—¿Os divertís vos y vuestros amigos?

—¿Por qué no?—respondió el interpelado.

—¿Luego no sabéis lo que ocurre en París?

—¿Ocurre algo?

—El ministerio ha publicado una ley por la que suprime el derecho de los electores.

—¿De los electores?—arguyó el obrero.—¿Y á nosotros qué nos importa? ¿Acaso el pueblo es elector?

—También ha suprimido los periódicos.

—¡Los periódicos! ¡Y qué! ¿nos atañen por ventura en algo? Ni siquiera los leemos. ¡Los venden tan caros! Por menos de ochenta francos al año no puede uno suscribirse á ninguno de ellos.

—Pues precisamente es menester que los periódicos y las elecciones os atañan—repuso Gelb,—y si vosotros quisieseis...

—¡Bah!—replicó el obrero soltando una bocanada de humo,—con tal que no aumenten el precio del pan y del vino, el rey puede hacer lo que más le acomode.

En esto se acercó al obrero una muchacha alegre y rolliza, y asiendo á éste del brazo, exclamó:

—Di, ¿así es como me invitas á bailar, plantándome? Ea, vente corriendo, van á empezar.

—Allá voy—dijo el obrero, siguiendo á la joven.

Samuel entró en su casa desesperanzado del todo, y comió y se acostó.

Al día siguiente no puso los pies en la calle, sino que pasó el día paseándose por el jardín, calenturiento y fatigado.

Hacía un calor bochornoso.

—Es inútil cuanto he hecho—se dijo.—Mi objeto era dominar un gran movimiento popular, ser el árbitro de las ideas. Como el pueblo no se subleva, para nada sirvo, ni me aprovecha cosa alguna, ni necesito del dinero de Julio; porque ¿qué haría yo con él? Viva Julio para toda una eter-

nidad si quiere. No seré yo quien le dé el papirotazo que le precipitaría en la tumba. ¡Ah! poco sospecha él que la indiferencia del pueblo le salva y que esta muerte de todos es su vida.

La tarde tocaba á su fin. Samuel, cansado de andar, acababa de tenderse en un banco; mas apenas lo había efectuado, cuando experimentó un estremecimiento súbito. Parecióle que del lado de París partiera un ruido semejante al fuego de fusilería.

—No puede ser—dijo entre sí Samuel prestando oído atento,—es una alucinación mía.

A poco resonó el ruido de nuevas descargas.

No había ya que dudar; realmente eran fusilazos.

—¡Disparos de fusil!—dijo Samuel levantándose de un salto.—Entonces es el pueblo. ¡Ah pueblo honrado! yo te calumniaba. ¡Mi sueño resucita! ¡Viva el pueblo y muera Julio!

XXIV

Donde se ve que las revoluciones no siempre aprovechan á quien las trama

—¡Abajo Carlos X y Julio!—repitió Samuel sintiéndose revivir por completo.—Cada uno vamos á efectuar nuestra revolución: Francia y yo; yo voy á trabajar para el triunfo de la suya, mientras ella trabajará por el buen éxito de la mía.

Gelb se subió apresuradamente á su cuarto, tomó de un cajón un puñado de monedas de oro, escribió algunas líneas, se armó y tomó el camino de París, donde entró, no por la primera barrera, sino siguiendo los bulevares exteriores para ver si los arrabales tomaban parte en la insurrección. En éstos empezaba á notarse alguna efervescencia. Acá y allá for-